

El Son Jarocho: un tesoro que debemos conservar*

Por *Andrés Barahona Londoño*



www.fab.com.mx

La música jarocho es una expresión popular única, a la que le costó mucho esfuerzo y sufrimiento consolidarse para llegar a ser lo que es hoy en día: un orgullo de los veracruzanos al cual se le suman, muchísimos músicos de otras partes del país e incluso del extranjero. Pero no siempre fue así.

Durante la Colonia esta música fue perseguida, prohibida y a mucha gente le costó la vida, su gusto por el fandango. Para las autoridades de la Corona española, esa manera en que la gente del pueblo se reunía para bailar y cantar sus aires profanos, le parecía indigna. Así que la Inquisición se encargó de levantar numerosos juicios contra personas que se atrevieron a desafiar esta prohibición. Hoy en día quizás pueda parecer exagerado, pero la verdad es que efectivamente mucha gente fue ejecutada por el supuesto delito de cometer actos diabólicos al cantar y hacer bailes considerados contrarios a las buenas costumbres.

Según el Diccionario de Autoridades, que es el precursor de lo que hoy en día es el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, la palabra “son” significaba: “*ruido concertado que hacen algunos campesinos para su esparcimiento*”. Así sin más ruido... ya ni siquiera música. De “son” se deriva también la palabra “sonsonete”, que es como un decir reiterado que resulta molesto. Y qué se puede decir del término “jarrocho”. Entre las diversas versiones que existen sobre el origen de esta palabra, se señala que podría provenir de la “jara” o vara de madera con que los campesinos se ayudaban en sus labores; o también, que jarrocho vendría del prefijo árabe “jar” que simple y llanamente significa excremento o mierda. Cómo verán, no eran términos especialmente elogiosos para referirse a nuestros

* Conferencia presentada en Chinameca, Veracruz, a invitación de la Universidad Veracruzana Intercultural, en el marco del XII Festival de Son Jarocho, llevado a cabo los días 5 y 6 de diciembre 2008.



pobres tatarabuelos que durante la Colonia tocaban sus sones jarochos.

En cuanto a las influencias que confluyen en esta música, si bien no se puede negar una cierta presencia de los esclavos africanos, sobre todo de los cimarrones, es decir, de aquellos que se atrevieron y lograron sobrevivir después de huir de las inhumanas condiciones a que los sometían los encomenderos; la verdad es que el son jarocho no puede ser considerado como una música afroestiza. No hay de hecho en México una música tal.

Y como por otra parte, los españoles se encargaron de reprimir violentamente cualquier expresión cultural indígena que se relacionara con el antiguo mundo prehispánico, pues —a mucha honra— en el veracruzano mestizo, es decir, precisamente en ustedes y yo, en nosotros fue que nació y se desarrolló la semilla de lo que hoy es nuestra música jarocho.

A partir de la Independencia, aunque el cambio no se dio de la noche a la mañana, sí lo hubo y fue palpable, por lo menos en el ánimo popular de los veracruzanos. La música jarocho, dejó de significar algo bajo e indigno y el son se convirtió en un “así sonamos y con mucho orgullo, los veracruzanos”. Sin embargo, no olvidemos que la Inquisición cerró sus puertas hasta 1820; entonces, imagínense lo tremendos que debieron ser aquellos diez años, entre una institución empeñada en reprimirlo y un pueblo decidido a seguir haciendo sus fandangos, a no dejarse apachurrar.

Y no es que el fandango en sí fuera un festejo de tinte político, pero siendo esta la fiesta y el motivo principal de reunión entre los habitantes de las clases bajas, evidentemente no se mantuvo ajeno a los distintos conflictos armados que se suscitaron, primero durante la Independencia y después con la Revolución.

Tiempos de la gala

Es precisamente durante el siglo XIX, o sea los años mil ochocientos, que una vez que se despojó del estigma represivo colonial, la música jarocho alcanzó su primer gran auge histórico. Es en esa

época, cuando el fandango era el evento social por excelencia y en el que se dirimían tanto cuestiones legales, como desavenencias personales; y desde luego se formalizaban amistades y amoríos. En aquella época se daba una costumbre muy particular conocida como la gala, una de cuyas variantes es la siguiente. Quien deseaba realizar un fandango, era para celebrar algún aniversario, cumplir con una manda o el motivo que fuera, juntaba a un grupo de muchachas que eran las convidadoras del fandango y las encargadas de correr la voz e invitar a la población. Una vez que iniciaba el baile, estas convidadoras tenían un papel muy especial. Todo aquel varón que quisiera acceder a la tarima, se dirigía hacia alguna de ellas y le ponía su sombrero en la cabeza. Si la convidadora lo conservaba puesto y no lo rechazaba, esto significaba su aceptación para bailar con el galán; y éste quedaba, así también, comprometido a pagar una gala o pequeña cantidad de dinero, que la bailadora recibía a nombre de los organizadores del fandango. Una vez que ella recibía y a su vez entregaba dicha gala, quedaba deshecho cualquier compromiso con el bailador. Solía suceder que a una determinada muchacha se le juntaban varios sombreros, por igual número de pretendientes; y como se tomaba como una descortesía el que ella despreciara su ofrecimiento de gala, ella accedía a conservar los sombreros, aunque ya no los llevara puestos y los sostuviera en la mano. Indudablemente esta costumbre de la gala, debió generar más de un suspiro y también desencanto entre los aspirantes a bailar con tal o cual señorita en el fandango.

A la tripa, tripa

Hoy muchas veces se nos olvida, pero nuestros abuelos tuvieron que esforzarse mucho para poder divertirse. Imagínense ustedes cómo era aquello cuando no existía la luz eléctrica. Nuestra tarima estaría rodeada de antorchas con aceite y más allá, la oscuridad sería profunda e imponente. No tendríamos ni micrófonos ni altavoces, por lo que el silencio entre los asistentes debía ser la norma, o por lo menos a susurros platicaría la gente, para permitir que los músicos y las bailadoras se escucharan debidamente. Y también pongámonos a pensar cómo sonaban aquellos instrumentos cuando las cuerdas eran de tripa.

De acuerdo con el veterano guitarrero sanandrescano Tío Juan Pólito Baxin, de los Cultivadores del Son, quien todavía conoció y tocó las cuerdas de tripa, éstas tenían un sonido más dulce, menos tensión y quizás también un poco menos de volumen. Razón de más para que los concurrentes guardaran silencio y compostura. Por cierto, que no resultaba fácil conseguir o elaborar las mismas cuerdas; y claro está que cada una de ellas se cuidaba como verdadera joya.

En aquellos fandangos del siglo XIX, a veces las tripas no nada más sonaban en las cuerdas de las jaranas, porque no faltaba tampoco el exacerbado pleito entre dos contrincantes que terminaban liados a golpes o peor aún a cuchillazos. Con todo, el nivel de violencia, o al menos es lo que nos dejan entrever los documentos históricos alusivos, no impedía el que los fandangos se prolongaran hasta altas horas de la noche. Aquellos bailes seguían hasta el amanecer, momento en que se retomaban los tonos mayores, después de haber agotado todo el repertorio de los sonecitos menoreados.

El siglo XIX, ya lo hemos dicho, fue un momento de auge para la música jarocho. No obstante todas las convulsiones y conflictos armados que vivió el país y también por supuesto Veracruz, el son no se apagó. Resistió la intervención francesa, al igual que las reiteradas entradas y salidas del poder de Santa Anna, e incluso las luchas fratricidas internas. A pesar de todo lo sucedido en ese siglo tan convulso, nuestro son jarocho se mantuvo sonando y zapateando. Se dice fácil, pero nuestros antepasados hicieron una gran labor para legarnos esta música tan bonita.

El Siglo XX

Veamos ahora, a grandes rasgos qué sucedió en el siglo XX. Primero que nada, y la primera del siglo, se desató la Revolución Mexicana. Nuevamente el país se sumió en un conflicto armado, y nuevamente el son jarocho siguió sonando. Son conmovedoras las historias de aquellos músicos jarocho que de niños fueron testigos de esos tiempos violentos y lograron sobrevivir. Recordemos, por ejemplo, a personajes como Arcadio Hidalgo o también Tío Juan Pólito, los cuales siendo chamacos, se entretuvieron en más de una ocasión, improvisando con varitas y pedazos de palma una especie de jaranita, simplemente

para sentir el gusto de pasear sus dedos rasgueando aquellas cañitas; y así animarse a cantar los sonecitos. Hasta sin jarana se ponía nuestros abuelos a jaranear. Esos sí son ánimos y pasión por el son.

La revolución no quedó plasmada en nuestros sonos jarocho, como sí quedó en el caso de los corridos, los del villistas del norte y también los zapatistas del sur.

Por cierto, permítaseme una digresión para tocar un tema obligado al estar aquí en Chinameca. Me refiero a esa hacienda homónima en el Estado de Morelos, que el 10 de abril de 1919 fue escenario del macabro asesinato a traición del General Emiliano Zapata. Hacienda a la que Zapata acudió invitado por Guajardo, quien supuestamente se uniría a los rebeldes del sur; cuando en realidad, por instrucciones del General Pablo González, Guajardo le tendió una emboscada para asesinarlo a mansalva... Triste recuerdo de Chinameca, Morelos.

Volviendo a nuestro tema, la revolución mexicana, decíamos, no quedó reflejada en los sonos jarocho; pero en cambio, donde podemos encontrar vívidos testimonios revolucionarios del sur de Veracruz, es a través de la décima jarocho. Solemos, por ejemplo, recordar al Vale Bejarano como un ingenioso repentista, al cual alguna vez fue retado por el mismo Díaz Mirón a encontrar una consonante de la palabra indio, a lo cual el Vale contestó según dicen, algo así: *“Uno por decir rindió, se equivocó y dijo rindio, será disparate o no, pero es consonante de indio, como usted me lo pidió”*. Sin embargo, un aspecto poco conocido del Vale Bejarano, es que también escribió algunas décimas y precisamente varias de ellas tratan el tema de la revolución, la cual a él –por supuesto– le tocó de joven.

El otro gran cambio se suscitó en el siglo XX, vino a raíz de la industrialización y una de las industrias que más incidieron en el tema que nos ocupa, en la música jarocho, fue el la industria cinematográfica. Irrumpió literalmente en escena el cine y en él, desde sus inicios, estuvo presente la música jarocho. De hecho, en 1936 el gran arpista Andrés Huesca (1917-1957), aparece tocando en ese filme pionero (que después se convirtió en un clásico de la Época de Oro del cine mexicano) llamado “Allá en el Rancho Grande”. Por cierto Huesca aparece tocando con un



arpa michoacana; y les voy a contar la historia de por qué es un arpa michoacana.

El arpa jarocho del siglo XIX, era pequeña y se tocaba sentado. Y por supuesto, así era el arpa veracruzana con que Andrés Huesca llegó a la Ciudad de México. Pero, resulta que a los productores cinematográficos les pareció que se vería mejor que el arpista tocara de pie. Así que le pusieron como condición a Huesca, que si quería el trabajo en la película ya mencionada, debía conseguir inmediatamente un arpa más grande. Imagínense el problema en que metieron a este arpista. Finalmente logró Huesca comprar –según dicen en Garibaldi– un arpa grande, de esas terracalentanas de Michoacán; y así logró obtener trabajo en el cine.

Obviamente, para los criterios de los productores poco importaba si en la tradición regional jarocho el arpa que se usaba era pequeña; a ellos lo único que les importaba era cómo se iba a ver su escena. Fue en realidad, tanto el impacto del cine, que desde entonces al arpa jarocho creció de tamaño y los constructores pioneros, entre ellos otro Andrés, pero éste Alfonso, se dedicaron a construir arpas jarochas grandes, precisamente para se tocadas de pie.

Después se realizaron otras películas de corte pretendidamente costumbrista, como “Bamba”, “Sólo Veracruz es Bello” y “Los Tres Huastecos”, cuyo tratamiento musical –dada la tremenda penetración del cine– acabó por convertirse en el estilo a seguir, para entrar en el mercado de trabajo del cine, es decir, para aquellos músicos que aspiraban a convertirse en profesionales. Comienza así una de las grandes contradicciones que nos dejó el siglo XX, la profesionalización en contraste con la pertenencia a una tradición que no se profesionaliza. Y con ésta vendrán muchas más, debidas a la difícil compatibilidad entre lo moderno y lo tradicional.

Sin embargo, mientras aquellos músicos emigrados a la Ciudad de México se enfrascaban en esa dinámica urbana industrial cinematográfica, convirtiéndose en músicos profesionales; aquí en Veracruz, precisamente en lugares como esta región sureña de Veracruz, los músicos viejitos siguieron haciendo sus fandangos. La discontinuidad surgió cuando

estos músicos mayores murieron y no tuvieron a quién legar sus conocimientos. Porque también es cierto, y hay que reconocerlo, después del impacto del cine, en diferentes lugares de la región jarocho hubo una ruptura generacional; y en algunos de ellos –como aquí en Chinameca– desafortunadamente, se perdió momentáneamente la tradición del fandango. No hubo el indispensable relevo de una juventud que tomara el relevo de la música jarocho.

Sin embargo, contrariamente a lo que se pudiera pensar, si lo miramos históricamente, ni las persecuciones de la Inquisición; ni el desprecio de la Corona; ni las convulsiones armadas de los siglos XIX y XX; ni la industrialización; ni el cine; ni las modas del modernismo; ni el rockandrol; ni tantos otros fenómenos sociales, han logrado hacer desaparecer nuestro bellissimo son jarocho.

Aquí en Chinameca, y ustedes lo saben mejor que yo, anteriormente se tocó y se tocó mucho el son. Los fandangos eran frecuentes y muy concurridos. Hace algunas décadas, es cierto, momentáneamente se perdió un poco la tradición. Pero hoy en día, gracias a la entusiasta labor de todos los jóvenes del comité “Buscapiés”, estamos celebrando aquí en Chinameca nuestro doceavo Festival de Son Jarocho. Parece sencillo, pero ya son doce años. Y esto va a seguir.

Yo quiero aprovechar el favor de su atención, para exhortarlos a todos ustedes a que inculquen en sus hijos y en sus nietos el gusto por la jarana y el fandango. No permitan que nos invadan otras músicas que vienen de fuera, porque si no defendemos nosotros los nuestro ¿entonces quién?

Démonos cuenta de todo el esfuerzo que han hecho nuestros antecesores para que nosotros podamos todavía hoy en día gozar de la música jarocho. No dejemos que esta se pierda porque no fuimos capaces de valorarla ahora que la tenemos viva. Si lo pensamos bien, el son jarocho es un verdadero tesoro, que nosotros los veracruzanos inventamos y que debemos cuidar. Esta es nuestra tradición popular; nuestro sabor. Sigamos cocinando este guiso y cuidemos sus más importantes ingredientes que son los niños, porque entre ellos están nuestros futuros

portadores de la hermosa cultura de nuestra música jarocho. Ayudémosles a crecer como ciudadanos orgullosamente veracruzanos, orgullosamente jarochos. Felicidades a todos los chinamequenses por estos doce años de festivales de son jarocho. Un fuerte abrazo a todos los compañeros del Comité “Buscapiés”, organizador de estos excelentes festivales. Muchas gracias. 🌿

